

EL NUEVO CONTEXTO DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

NORBERT LECHNER

EXPONDRÉ UN ARGUMENTO MUY SIMPLE: a mi entender se está configurando un nuevo contexto que no sólo afecta el significado de la democracia, sino que altera el papel de los partidos políticos. En los últimos diez a veinte años se han afianzado un conjunto de megatendencias, como son los procesos de globalización y diferenciación, el auge de la sociedad de mercado y el redimensionamiento del Estado, un nuevo clima cultural conocido como posmoderno, así como el colapso del comunismo y un vasto reconocimiento de la democracia liberal y de los derechos humanos. Estas transformaciones de carácter mundial conforman un nuevo contexto tanto para las sociedades nacionales como para los diversos ámbitos en el interior de ellas. Aunque el campo político tenga su “lógica” particular, ésta se encuentra inserta en las dinámicas sociales y, por lo tanto, se modifica a la par de los grandes cambios estructurales. Con este trasfondo, es menester interrogarnos sobre la medida en que los cambios macrosociales que tienen lugar están afectando y alterando el papel de los partidos políticos y de los sistemas de partidos.

Los partidos políticos son particularmente sensibles a las transformaciones sociales, por cuanto actúan como bisagra en la relación sociedad-gobierno y gobierno-sociedad. Tienen, por así decir, una doble cara: por una parte, expresan una oferta de gobierno frente a la sociedad, al solicitar a los ciudadanos el apoyo a determinada propuesta de acción, y por otra, dan expresión a las demandas sociales frente al gobierno, al participar en y legitimar la toma de decisiones colectivas. Por razones prácticas me limitaré a revisar tres de las funciones que cumplen los partidos políticos en un régimen democrático.

1. Una de sus tareas fundamentales es elaborar códigos interpretativos que permitan dar inteligibilidad a la realidad social, estructurar un marco de referencia y plantear los objetivos deseables y factibles. Ni la realidad habla por sí sola ni las alternativas son autoevidentes;

son los partidos quienes construyen el panorama político. Me referiré a esta función como el ámbito del discurso.

2. Otra tarea básica consiste en proponer qué hacer; considerando los fines deseados y las condiciones existentes ¿cuáles son las opciones viables y cursos de acción adecuados? A tal selección de medios, con miras a alcanzar determinados objetivos, se refiere la estrategia.

3. Finalmente, los partidos participan (como gobierno u oposición) en la toma de decisiones colectivas y vinculantes. Deciden el rumbo y ritmo del desarrollo social a la vez que fiscalizan cómo se decide. Es la función de gobierno que tienen los partidos.

Para hacer más precisa la pregunta inicial, propongo reflexionar acerca de los efectos del nuevo contexto sobre estas tres funciones “típicas” de los partidos políticos. La exposición se apoya en investigaciones que estoy realizando en FLACSO; remito pues a ellas para un análisis más detallado de ciertos temas. Aquí me limito a presentar un esbozo general, destinado más a ilustrar el tipo de indagación necesaria, que a obtener conclusiones concretas. Así y todo, un cuadro general tiene la ventaja de llamar la atención sobre algunas de las dificultades que enfrentan todos los partidos, independientemente de su signo ideológico y de su contexto específico.

LA EROSIÓN DE LOS MAPAS

En años recientes se han deteriorado aceleradamente los códigos con que interpretábamos habitualmente la realidad social y política. A diferencia de otras épocas, ahora disponemos de mucha información, pero de escasa capacidad de interpretación. Las claves interpretativas en uso ya no logran dar cuenta de la realidad emergente. No contamos con “mapas” adecuados o representaciones simbólicas que nos permitan delimitar y acotar determinado espacio, destacar los puntos principales y secundarios, fijar distancias, cercanías y, en fin, determinar el camino adecuado. No logramos hacer un “mapeo” de los procesos en marcha, por lo que el discurso político fácilmente deviene en un balbuceo incapaz de brindar a la ciudadanía signos de orientación. Expresión de ello es el desdibujamiento del perfil ideológico-doctrinario de los partidos y la consiguiente neutralización de los *clivajes* mediante los cuales se estructuraba —en los ámbitos nacional e internacional— el panorama político. Izquierda y derecha pierden fuerza identificatoria y se difuminan en un cuadro

gris en gris que deja al ciudadano desorientado. Ello podría estar provocando el actual descontento ciudadano respecto a los partidos, en tanto manifiesta precisamente, una demanda de orientación y conducción.

La erosión de los discursos partidistas proviene, a mi juicio, de una redefinición de las coordenadas básicas. Los códigos interpretativos habituales ya no dan cuenta de la realidad en la medida en que las dimensiones de espacio y tiempo sufren profundas modificaciones. Señalaré brevemente algunos rasgos.

Destaco, en primer lugar, la *restructuración del espacio* a raíz de los profundos procesos de globalización. El carácter más y más global que adquieren los distintos procesos sociales cuestiona el marco nacional en que se desenvolvía tradicionalmente la política. La delimitación nacional del campo político se ve socavada por varios fenómenos. Por un lado, tiene lugar un redimensionamiento de las escalas. Los procesos de globalización, junto con los de descentralización, van generando un entramado global-local frente al que la política nacional queda, por así decir, demasiado circunscrita o demasiado grande. Esto es, la política nacional tiende a operar dentro de una escala diferente de la que rige para muchos de los procesos que, sin embargo, son relevantes en el ámbito nacional. Por otro lado, observamos una redefinición de los límites. Como muestran los grandes flujos migratorios (CNN), las fronteras nacionales se han vuelto porosas. La gran muralla deviene anacrónica. Al mismo tiempo, sin embargo, la mayor inserción del país en el sistema mundial significa que los múltiples mecanismos de integración como, por ejemplo, el Tratado de Libre Comercio acotan los límites de lo políticamente posible. De manera similar constatamos, finalmente, una restructuración de las distancias. Vemos cómo las distancias sociales disminuyen: acercan a las élites internacionalizadas entre sí, a la vez que aumentan las distancias entre los diversos sectores sociales. De hecho, la globalización implica una fuerte segmentación en el interior de cada sociedad. En suma, vislumbramos una rápida y extensa transformación del paisaje social que no se refleja en los "mapas" políticos.

A la par de la restructuración del espacio tiene lugar un *redimensionamiento del tiempo*, que cambia la noción moderna del tiempo. Destacaré dos fenómenos ilustrativos de "los nuevos tiempos". Por una parte, llama la atención la aceleración del tiempo. El ritmo de vida se torna más y más vertiginoso, a un grado tal que pareciera no haber otro tiempo que el presente. Vivimos un presente perpetuo, que se consume al instante. Ello nos remite a un segundo rasgo sobresaliente

de nuestros días: el desvanecimiento del futuro. La aceleración del tiempo mina la distinción entre pasado, presente y futuro mediante la cual estructurábamos la temporalidad. Se difumina el pasado como experiencia útil y significativa, pero sobre todo el futuro como horizonte de nuestras expectativas. Si la época moderna inventó el futuro como un proceso abierto, hoy día asistimos a la pérdida de todo horizonte de futuro. Con él se pierde no sólo la perspectiva que permitía trascender lo inmediato, sino también un horizonte de sentido por medio del cual establecíamos la jerarquía y prioridad de las opciones en pugna. Todo ello afecta drásticamente el quehacer político. La aceleración del tiempo implica que éste se transforme en un recurso sumamente escaso; todos los plazos se acortan brutalmente y ya no hay tiempo para desarrollar procesos de aprendizaje y maduración. Los partidos políticos no logran diferir las tareas y esperanzas a un mañana mejor ni a la inversa, logran determinar una imagen de país futuro por medio de la cual se puedan definir las tareas del momento. Cuando el presente se vuelve omnipresente, la realidad se hace avasalladora o sea ininteligible.

Ambos procesos —la reestructuración del espacio y el redimensionamiento del tiempo— socavan los discursos tradicionales de los partidos políticos. Existe un desfase entre la imagen que ofrecen tales discursos de la realidad y la experiencia cotidiana de la gente; una disonancia que mina la credibilidad del discurso político, no importa su signo ideológico. Esto da lugar a dos reacciones de parte de la ciudadanía. Ya hice mención de una: la creciente desidentificación de los ciudadanos que no logran reconocerse en unos discursos que, o son obsoletos o tienden a ser un *collage ad hoc*, de escaso valor para interpretar los procesos en marcha. Tal situación genera otra reacción: la politización de la experiencia cotidiana. En la medida en que los grandes relatos pierden relevancia y los pequeños discursos (electorales) no generan pautas de sentido, los ciudadanos buscan en sus experiencias diarias las respuestas a su desconcierto. La invocación tan apremiante como confusa de la “sociedad civil” me parece aludir a esta búsqueda. El debilitamiento de los discursos partidistas no significa, pues, despolitización alguna. El derrumbe de un mundo que nos era familiar no implica el fin de la historia; la muerte de un tipo de discurso no conlleva el fin de la política. A mi entender, estamos en medio de un proceso de redefinición de nuestras claves interpretativas y, por ende, también en medio de una reinterpretación del significado de la política, lo que plantea desafíos que abordaré en la siguiente parte.

LOS DESAFÍOS DE LA ESTRATEGIA

Las sociedades modernas, incluyendo las grandes sociedades latinoamericanas, han desarrollado características de complejidad social, que ponen en jaque, las estrategias políticas tradicionales. A la diferenciación social que desde hace décadas viene dividiendo y subdividiendo la estructura social tradicional se ha agregado ahora una diferenciación funcional. Comenzamos a apreciar cómo los distintos campos o "subsistemas" de la vida social se van diferenciando, adquiriendo mayor autonomía en torno a racionalidades y cánones específicos. Es decir, la economía, el arte, la moral, etc., son campos más y más delimitados y autorreferidos, en el sentido de que obedecen a lógicas particulares, inherentes a cada área. Este proceso de diferenciación y autonomización de cada "subsistema" nos acerca a un tipo de sociedad des-centrada, sin centro. Ello pone en cuestión el primado de la política. La política como instancia privilegiada de la representación, regulación y conducción del orden social se torna problemática. Ya no podemos presuponer una centralidad de la política en tanto núcleo rector de todo el proceso social; Estado y política dejan de ser vértices de la organización social. Tiene lugar una transformación de la política, cuyo papel y funciones han de adecuarse al despliegue de una sociedad policéntrica. Tal transformación afecta, por supuesto, el funcionamiento de los partidos políticos.

Al igual que la política, los partidos son cuestionados en sus funciones de representación, regulación y conducción de los procesos sociales. Respecto a su capacidad de representación política, los partidos políticos se ven afectados por la erosión de las identidades colectivas. Los mencionados procesos de diferenciación, con su multiplicación de campos específicos y la consiguiente pluralidad de racionalidades, provocan también una diversificación de los tradicionales sistemas identificatorios, capaces de aglutinar y cohesionar muy diversas experiencias de vida en torno a determinados ejes articulatorios. Tal fragmentación de las identidades colectivas se ve acentuada por un proceso de privatización. Es notorio un retraimiento de la gente hacia la esfera privada; en lugar de invertir sus afectos e intereses en empresas colectivas como antaño, prefiere cultivarlos en diversas formas de autorrealización individual. Hoy día observamos también aquí una especie de "tribalización", o sea la conformación de pequeñas tribus, basadas en una adhesión provisional o nómada, que permite a los individuos buscar su autorrealización en torno a emociones compartidas. Falta agregar un rasgo sobresaliente: el auge de la televisión,

que ofrece no sólo una representación “en vivo” del mundo al instante, sino también un simulacro de espacio público en el cual se define y discute la agenda política. Se trata de una representación fragmentada y distorsionada, pero operativa y atractiva. En suma, estamos ante “públicos segmentados”, “individuos privados” y “espectadores” que conforman una base sociológica muy distinta de la que solían representar los partidos políticos.

Respecto a su capacidad de regulación, los partidos políticos están privados del respaldo que ofrecía la centralidad de la política y del Estado para diseñar propuestas integrales e imponer normas vinculantes a los demás campos de la vida social. Por cierto, siguen disponiendo de autoridad en la medida en que expresan, de acuerdo con procedimientos legítimos, una voluntad mayoritaria. Pero incluso una decisión mayoritaria no puede ya involucrar cualquier aspecto de la sociedad. A los límites tradicionales del poder político se agregan ahora las mencionadas diferenciación y autonomización de las diversas áreas; una delimitación estructural cuya fuerza quedó demostrada por los fracasos (recientes y recurrentes) surgidos al querer ejercer un control político sobre las dinámicas del mercado. Es decir, lo políticamente regulable se encuentra más acotado y ello reduce la capacidad de mando y gestión de los partidos.

Finalmente, también la capacidad de conducción política de los partidos se encuentra mermada. A mayor complejidad de las estructuras sociales, más complejo se hace todo esfuerzo de conducir los procesos. Basta recordar el redimensionamiento del espacio y del tiempo. Desde el punto de vista espacial, ya vimos el doble cuestionamiento del marco nacional de la política, tanto por los procesos de globalización como por los de descentralización. El nuevo entramado global-local exige una conducción política capaz de armonizar un esfuerzo de focalización en el plano local y una inserción en un sistema mundial sumamente competitivo. A la expansión de los espacios geográficos se añade la diferenciación de los espacios sociales. ¿Qué capacidad de conducción pueden tener la política y los partidos políticos respecto a los diversos campos sociales, cada vez más autónomos? La economía, el derecho o el desarrollo científico requieren mecanismos de gestión específicos, acordes con sus “lógicas” particulares. Ello nos remite al ámbito temporal. En efecto, la conducción política ha de coordinar no solamente diferentes racionalidades, sino igualmente diferentes tiempos. Siempre era distinto el ritmo frenético de la ciudad del ritmo pausado del campo, los *tempi* de la capital de los de provincia. Ahora, dicha diversidad se amplía; cada “subsistema” desarrolla

temporalidades específicas, obedece a ritmos y dinámicas propios, y da lugar a una sociedad que se desenvuelve a velocidades múltiples. Las velocidades se multiplican en el momento mismo en que se desvanece el futuro y, por ende, ese horizonte compartido hacia el cual convergían, al menos idealmente, las diversas dinámicas sociales. Bajo estas condiciones, ¿cuál es la capacidad de los partidos políticos para sincronizar tan diferentes temporalidades?

En resumen, los partidos políticos parecen sufrir una fuerte erosión en sus capacidades de representación, regulación y coordinación de los procesos sociales. Ello reduce, por supuesto, su campo de acción estratégica. En las circunstancias actuales los grandes diseños han de ser remplazados por miniestrategias de geometría variable y alcance limitado.

Conviene recordar algunos límites. Por un lado, las mayorías sociales se vuelven volátiles y hacen también inestables las coaliciones políticas. Por consiguiente, las estrategias políticas han de ser más flexibles. Sólo logran imprimir cierta direccionalidad al desarrollo social en la medida en que logran moverse con agilidad de un asunto a otro, y recomponer continuamente la agenda. Por otro lado, los plazos temporales están más acotados. La realidad se define y redefine día a día. En consecuencia, la estrategia queda atrapada en la coyuntura, y sólo mediante una secuencia de coyunturas consigue implantar un curso de acción duradero. Finalmente, son más estrechos los límites de lo que políticamente puede decidirse. Las materias donde la política puede intervenir con autoridad se reducen y, por consiguiente, también se reduce el campo de acción de la estrategia. En suma, las estrategias de los partidos políticos se encuentran más y más determinadas por el pragmatismo, el gradualismo y un agudo sentido de la coyuntura.

Se impone una apreciación más modesta de la política como construcción deliberada del orden social. Ya no es hora de concepciones integrales de la sociedad; las condiciones reinantes no aceptan el diseño de planificaciones globales ni tampoco de alternativas sociales globales. Sólo estrategias de reformas o, por así decir, estrategias de conflicto limitado parecen adecuarse a la complejidad de nuestras sociedades. Considerando los bandazos que caracterizaron a muchos países en el pasado, la actual tendencia centrípeta puede valorarse como positiva. Sin embargo, al lado de sus efectos positivos también tiene aspectos negativos o, al menos, problemáticos. Me refiero a la dificultad de generar duración. El drástico recorte del horizonte temporal priva a la acción estratégica de un aspecto crucial: la capaci-

dad para plantear una perspectiva que trascienda la inmediatez. Hoy por hoy, todo intento de pensar en pasado mañana parece ilusorio. La imaginación parece agotada, incapaz de mirar más allá de los escenarios inmediatos. No existe un plan de batalla, digamos, que sirva de referente para contrastar y, por tanto, evaluar y ponderar lo imprevisible. Encerrada en el aquí y el ahora, la estrategia no logra elaborar ya respuestas a las preguntas acerca del mañana y deja a los partidos políticos mudos ante la creciente incertidumbre.

LAS DIFICULTADES DE GOBERNAR

Por último quiero referirme breve y esquemáticamente a las dificultades que enfrentan los partidos políticos en tanto actores privilegiados en la toma de decisiones. En México, como en otros países de la región, estamos descubriendo con pesar que es muy diferente tener democracia que gobernar democráticamente. De hecho, cómo gobernar se ha vuelto uno de los interrogantes más acuciosos de América Latina. Retomaré algunos de los planteamientos expuestos para referirme a tres desafíos.

El principal reto que enfrentan los partidos políticos para asegurar un gobierno democrático es la elaboración de acuerdos. La experiencia latinoamericana muestra la conveniencia de cierta "democracia de acuerdos" en el sentido de *a)* la existencia de un consenso más o menos amplio y estable acerca de los fundamentos del orden social y *b)* la cooperación entre los partidos para llegar a acuerdos sectoriales en torno a los asuntos prioritarios de la agenda del país. En la construcción de tales acuerdos intervienen múltiples factores: la confianza entre los actores, la responsabilidad del gobierno, la lealtad de la oposición, los cálculos de costo-beneficio en la competencia interpartidista, la cohesión interna de los partidos involucrados, etc. Aquí llamo la atención sobre un prerrequisito frecuentemente ignorado: la comunicación entre los partidos. Para poder ponerse de acuerdo, los partidos primero han de exponer sus puntos de vista, escuchar argumentos contrarios, evaluar coincidencias y diferencias, en fin, establecer una delicada interacción. Dicho en otras palabras: la política democrática es (también) un proceso comunicativo. Ahora bien, ¿cómo comunicarse cuando no se habla el mismo lenguaje? Me referí ya al creciente deterioro de los discursos partidistas a raíz de la erosión de los códigos interpretativos. Los "mapas" de los partidos no solamente son poco adecuados a la realidad, sino frecuentemente inconmensu-

rables entre sí. Los mapas parecen usar coordenadas, escalas y símbolos tan distintos que a veces resulta difícil compararlos y traducir las claves de un discurso al lenguaje del otro. La estructura comunicativa entre los partidos se colapsa no por falta de voluntad o por mala fe, sino porque la disparidad de los códigos usados conduce a un diálogo de sordos. Ello inhibe la concertación de acuerdos entre los partidos políticos, y además distorsiona el flujo comunicativo general, amenaza incluso la sintonía entre gobernantes y gobernados. Entonces, un ambiente enrarecido pone en suspenso la posibilidad misma de una política democrática.

El segundo desafío concierne a la decisión política en tanto anticipación arriesgada del futuro. Todo partido político pretende incidir sobre el futuro; de ahí la importancia del cálculo estratégico de los efectos que tendrán sus decisiones. Pero hay pocas causalidades directas en política, por lo que el devenir es finalmente imprevisible. Existe una brecha insalvable entre la decisión tomada hoy y los resultados producidos mañana; sólo una evaluación *ex post* de los resultados permite juzgar si la decisión fue correcta. En democracia, esa distancia es salvada por las elecciones que representan (en parte) una evaluación retrospectiva de los resultados gubernamentales y la consiguiente ratificación o sustitución de quienes tomaron las decisiones.. Ahora bien, dicha brecha entre decisión y resultado va en aumento, y es más difícil establecer la relación: ¿en qué medida determinada situación es el resultado de determinada decisión? La complejidad social hace crecer los factores intervinientes y, por lo mismo, disminuir la calculabilidad. La mayor imprevisibilidad tiene un doble efecto sobre la decisión: por un lado, la mayor incertidumbre incrementa el valor de decisión; el objetivo de una decisión no es tanto resolver un problema como decidir ante una encrucijada; lo que cuenta es tomar la decisión, independientemente de su contenido. Por otro lado, la mayor imprevisibilidad de los resultados disminuye el valor de la decisión; finalmente, no importa tanto lo que se decide, pues es incierta su incidencia en la situación futura. Todo ello complica el papel de los partidos políticos: se ven permanentemente compelidos a tomar decisiones sin poder justificarlas, o sea sin poder vincularlas con determinado resultado. A los partidos les es difícil rendir cuentas de sus decisiones y, a la inversa, los ciudadanos tienen dificultades para pedir cuentas a los partidos, pues resulta más y más difícil saber de qué son responsables, en definitiva, los partidos políticos.

Por último, vinculado con lo anterior, quiero destacar algunas dificultades de los partidos políticos para tomar decisiones a tiempo.

Una larga tradición de prudencia política para decidir el momento oportuno se ve trastocada por la aceleración del tiempo. En el desarrollo de todo país se pueden distinguir tiempos lentos o muertos y días que cambian la historia. También en épocas anteriores se vivió una aceleración del tiempo (basta recordar la introducción del telégrafo y del ferrocarril o, en el caso mexicano, la Revolución). Lo novedoso de la actual aceleración del tiempo radica en que ésta ya no se encuentra encauzada y, por así decir, domesticada por un horizonte futuro, como lo fuera la visión de progreso. Antes el desarrollo social se insertaba en un imaginario colectivo que permitía anticipar la dirección del proceso y darle intelegibilidad, mientras que hoy día ya no existe tal imagen de futuro que indique hacia dónde vamos. Es decir, no podemos referirnos a un horizonte que permita poner en perspectiva las decisiones políticas. Éstas ya no responden tanto a objetivos como a oportunidades. En lugar de orientarse estratégicamente por la consecución de determinadas metas, han de reaccionar ágil y creativamente a las oportunidades que abre la coyuntura. Ello desplaza el acento de la discusión; ya no se ubica en el proyecto político sino en el momento de la decisión. La política se juega en la capacidad de discernir y aprovechar el momento oportuno. En medio de coyunturas pasajeras e imprevisibles resulta crucial la rapidez con que se toma la decisión. De hecho, la presión del tiempo se ha vuelto un rasgo central del quehacer político. Por cierto, la urgencia no es igual para todos. Suele ser más imperiosa para el gobierno que para los partidos, es más apremiante para el sistema político que para los actores sociales. Las decisiones gubernamentales están sometidas a plazos más y más cortos que las de los partidos; éstos a su vez están obligados a tomar decisiones cuando la opinión pública todavía no se ha decantado. Se produce así una arritmia entre la urgente toma de decisiones y la mucho más lenta toma de conciencia por parte de la ciudadanía. Los partidos enfrentan el dilema de postergar la decisión y perder la oportunidad o tomar una decisión que para la ciudadanía puede ser incomprensible. Pero el problema radica no sólo en la urgencia de las decisiones; el peso de la coyuntura plantea además el problema de la duración. Cuando el tiempo se acelera la política tiene dificultades para generar algo duradero. Frente a las oportunidades del momento, las decisiones políticas son tomadas *ad hoc*, caso por caso. Pocas veces obedecen a estrategias de largo alcance, siguen una secuencia acumulativa. En general, las decisiones adquieren un carácter provisional; son válidas hasta nuevo aviso. Por consiguiente, el gobierno y los partidos políticos tienen grandes dificultades para fijar y afianzar (darle

credibilidad) a una política de mediano y largo plazo; dificultad que resalta especialmente en situaciones de gran fluidez —como actualmente ocurre en México—, cuando los actores económicos y sociales solicitan desesperadamente normas estables (y estabilizadoras).

En esta apretada exposición sólo pude resaltar algunos elementos que, por lo demás, requieren de múltiples matices. Así y todo, el bosquejo tal vez contribuya a apreciar el nuevo contexto donde han de funcionar los partidos políticos. Vista así, la llamada “crisis de los partidos” es más bien un proceso de reconversión. Es fácil culpar a los políticos, que razones no faltan; más difícil es comprender los cambios en marcha, precisar los desafíos y, finalmente, redefinir el papel de los partidos políticos de acuerdo con las nuevas condiciones.